

*Palabras del Presidente de la Academia de Ciencias
Morales y Políticas Doctor Alejandro Lastra en el acto
del sepelio del Académico Dr. Egidio S. Mazzei,
el 9 de julio de 1984*

El doctor Egidio S. Mazzei, ocupaba con honor y con justicia su sillón en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Honor y justicia para sí mismo y para la corporación, pues la ennoblecía, la exaltaba con su presencia de maestro de la moral.

El doctor Mazzei ha brillado en el campo de la ciencia médica, donde alcanzó las más altas distinciones en el país y en el extranjero.

Discípulo dilecto del doctor Mariano Castex, retribuyó sus enseñanzas en una copiosa obra científica, traducida en libros y trabajos publicados aquí y en el exterior, y en su formación a la vez de discípulos que han continuado su prédica fructífera.

Pero dentro de las múltiples facetas de su espíritu inquieto, me interesa destacar su exaltación de los valores morales, tarea en que no cejó en ocasión alguna.

Son fecundas las doctrinas que expuso en ese sentido.

Al incorporarse a nuestra Academia, disertó acerca de "Los Fundamentos de la Moral Médica", señalando ya lo que había de ser su acción constante en nuestro seno.

El doctor Osvaldo Loudet, personalidad eminente, en sus palabras de presentación, señaló que Mazzei les dijo a los egresados de la Facultad de Medicina, en cierta ocasión: "Gran fuerza espiritual da a la medicina el sentimien-

to de su grandeza y la vincula a la piedad, la ternura, la compasión y el sacrificio a todos aquellos que tienen la aptitud de ver antes al hombre que sufre que a la enfermedad que padece, más aún en esta época en que todo quisiera reducirse a la técnica, y no comprender en el que sufre el drama del hombre, en su total significación”.

En el curso de su conferencia el doctor Mazzei abundó en estos conceptos liminares.

“El acto médico —dijo— abarca el campo científico, social y moral; debe subrayarse desde ya que la dimensión auténtica de la Medicina sólo se logra cuando la acompaña el contenido moral y espiritual que ella requiere, con sus componentes, la ética, la devoción, el sacrificio, la caridad, la abnegación”.

Y más adelante agrega:

“La medicina es ciencia y arte. Pero para el médico auténtico hay algo más importante que la ciencia y el arte: es la Moral, porque el médico debe la mayor parte de su prestigio a sus aptitudes morales”.

Y luego:

“A esta moral individual, está vinculada la moral privada. La medicina exige a quién la cultiva, moral profesional y moral privada, que se extiende a tener también una vida privada irreprochable”.

Consagra el carácter sacerdotal de la medicina y el espiritualismo de su vida, y recuerda las enseñanzas de su santidad Pío XII, dichas en 1955, que permanecen enclavadas en su alma, con ritmos casi sacerdotales.

Sería imposible seguir al doctor Mazzei en todas sus enseñanzas éticas, pero desde el ángulo de nuestra Academia baste recordar que propició la realización de un Simposio sobre “La Libertad”, en que intervino con elocuencia sosteniendo la primacía de la medicina libre a la que asigna tres bases inamovibles; la libre elección del médico, libertad de actuación de éste y secreto profesional.

Critica, señalando como un factor de deshumanización de la medicina, cierto tipo de medicina social mal practicada y la medicina socializada, estatizada.

Dentro de su preocupación por los principios morales intervino también, con sabiduría, en un simposio sobre

“Derechos humanos” y en el otro sobre “La Responsabilidad”, que constituía una de sus mayores preocupaciones, como parte fundamental de la ética de la medicina.

La vida del doctor Mazzei, nos ha iluminado no solamente en el ramo específico de la ciencia médica, en su obra ímproba realizada en esa materia, sino también en los altos valores morales que deben inspirar la acción humana.

Es que esa actividad se ha nutrido, además de su alma inspirada, en las preocupaciones filosóficas que lo atenazan en su juventud y lo llevaron a frecuentar esporádicamente la Facultad de Filosofía y Letras, donde encontró al decir de Loudet, además de la filosofía, a la poesía, encarnada en su futura esposa, la madre ejemplar —dice el maestro— “de hijos ejemplares, colaboradora insustituible en todos sus afanes”.

A ella, a todos los suyos, les alcanza el consuelo de que el varón que ahora despedimos ha sido el esposo, el padre sin parangón, el hombre que ha dejado sus enseñanzas en el campo médico y en la moral, sustento de la vida humana por obra de Dios.